

I Domingo de Adviento, Ciclo A

En elogio de la rutina

"Dijo Jesús: Por eso estad también vosotros preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre". San Marcos, cap. 24.

Llega diciembre. El año se termina. Nos vienen a la mente las palabras de Job sobre la fugacidad del tiempo: "Corre más veloz que una lanzadera. Es como un soplo. Se deshace igual que una nube. Se desliza como una barca de papiro, se precipita como el águila sobre su presa. Brota como la flor y a la tarde se marchita: huye sin detenerse, como la sombra".

Job, como dice un autor, es un experto en melancolías.

Pero los cristianos no podemos dejarnos llevar del pesimismo. Miramos el panorama de este año que concluye, y a pesar de todo, hallamos factores positivos.

Durante estos meses trabajamos, luchamos, avanzamos en el estudio, acumulamos experiencia. Hemos sufrido, pero quizás las cicatrices de nuestras heridas nos aportan beneficios. "El sufrir pasa, el haber sufrido no pasa nunca".

En otras palabras, durante todo el año hemos estado preparando la venida del Señor.

Aguardarlo no requiere actitudes espectaculares ni proezas admirables. El Evangelio nos enseña a esperarlo dentro de la vida ordinaria. Basta mantenerse despierto, no dejar extinguir la lámpara, arar el campo, moler el trigo, edificar la casa, echar la red todos los días.

Escribir con la vida el elogio de una rutina amable y meritoria, que se llama fidelidad.

En muchos círculos se desprecia la rutina. Se afirma que es propia de la máquina e indigna del hombre. Pero no podemos ser injustos.

Son rutina los gestos y las palabras de quien ama, la pericia del piloto, la facilidad del artista, la constancia de la madre, la consagración del científico, la capacidad del deportista, la terquedad del fanático, la perseverancia del comprometido en un proyecto.

Es rutina la fe. La caridad, con el correr del tiempo, se convierte en costumbre y la esperanza nace espontáneamente, cuando amamos a Dios.

Celebrar la Navidad es sentir que el Señor está cerca.

Quizás con los días se ha desvanecido este gozoso sentimiento. Porque el trabajo, las ocupaciones, nuestros fallos, las penas, nos sumergieron en nuestro yo y dejamos de percibir al amigo de todos los momentos.

Pero se acerca la Navidad. Viene a decirnos que el Señor nos ama. Nos trae la oportunidad de reconciliarnos con El.

Regresa en la presencia de "un niño", en el amable paisaje de Belén, en el calor de la familia.

Todo esto nos recuerda que El está con nosotros.

Continuemos tejiendo nuestra rutina diaria. Esa rutina innominada y gris que iluminada por la fe, se torna gloriosa, se vuelve resplandeciente.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y

